



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 33.

JUEVES 23 DE OCTUBRE DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo 1.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

EL ORIENTE: La China y la Arabia, por Augusto Ferran. (Conclusion).—SOR MARTA MARIA: historia holandesa. (Continuacion).—EDMUNDO y su PRIMA. (Continuacion).—FRANCISCO I DE FRANCIA.—LOS CAMACANES DEL BRASIL, por Maximiliano Wied-Neuwied.—LAS LUCHAS DEL LEON Y SUS RUGIDOS.—EL ALUMBRADO DE GAS, por Gerónimo Lobo y Casals. (Conclusion).—EXPEDICION DE GONZALO PIZARRO A QUITO, por Prescott.—BIBLIOGRAFIA.

EL ORIENTE:

LA CHINA Y LA ARABIA.

(CONCLUSION.)

La civilizacion de la China es de todas la mas antigua, puesto que segun los libros chinos tuvo su principio 2600 años antes de nuestra era. Con el cultivo de la tierra comenzaron los numerosos habitantes de aquella apartada region á morigerarse, perdiendo paulatinamente su natural rudeza, y llegando á adquirir alto grado de cultura.

Por desgracia aquel numeroso pueblo, ya desde remotos tiempos, se dió demasiado al cultivo de la tierra, siendo su vida una especie de *patriarcalismo*, que fué causa de que el movimiento intelectual no se desarrollara en lo sucesivo, cuanto fuera de esperar en una nacion que habia ya dado muestras de llevar gran ventaja á todos los pueblos de la tierra. Si en la India dominó generalmente en todos los actos de sus habitantes la ardiente fantasía, en China por el contrario, de resultas de una vida contemplativa todo se halló sometido á la razon. Y en los tiempos primitivos no debió la razon fria guiar á los hombres, sino mas bien la fantasía, que deslumbrándolos con las infinitas bellezas de la naturaleza, aun no comprendidas de ellos, les esplicase, si bien ficticiamente, causándoles al menos admiracion, los secretos que por do quiera les rodeaban.

Por eso se arraigó en China mas que en ningun pueblo del Oriente la filosofía bajo todas sus formas, y desde las épocas mas lejanas redujo aquel país á una continua estabilidad, que aunque fuera en realidad origen de culta civili-

zacion, digna del mas detenido estudio, porque procuró á aquella comarca bienestar duradero, la redujo sin embargo á un estado, que podemos llamar de burocrática esclavitud.

Si queremos buscar los primeros datos de la cultura intelectual de los Chinos, debemos trasladarnos al siglo VI antes de Jesucristo, época en que Confucio (Khung-fu-tseu que nació 551 y murió 478 años antes de la era cristiana) recopiló valiéndose de tradiciones orales, los mas antiguos documentos de la literatura china, en los cuatro libros sagrados (kings) siguientes: el *I-king* que contiene máximas de filosofía natural; el *Li-king*, libro de ritos sagrados y profanos; el *Schu-king*, el libro mas antiguo de historia conocido en China, quizás en el mundo, compendio de política, de metafísica y de filosofía moral; y el *Schi-king*, coleccion de poesías.

De los cuatro libros sagrados, el *Schu-king* es el que mas debe llamar nuestra atencion. Al redactarlo, Confucio dió muestras de talento superior, mereciendo entre los chinos, con justa razon, el dictado de mas sabio filósofo de la tierra y de primer legislador.

El célebre filósofo chino, seguido de sus discípulos, entre los cuales debemos citar á Tseu-sse, recorrió durante su vida el imperio, dando consejos á los pueblos y á los príncipes: enseñando á aquellos que solo en la virtud y en el trabajo consistia su felicidad, y haciendo presente á éstos que el gobierno de los pueblos, que les estaba confiado, era un legado que les hacia la Divinidad. Siempre procuró que en sus escritos dominara un carácter eminentemente político, moral y religioso, insistiendo, al dirigirse á los príncipes, en esta máxima: «Cuanto hagais por el bienestar de vuestros súbditos, os lo tendrá en cuenta la Divinidad.»

La política del gran filósofo es esencialmente democrática; puesto que su fin es que lleguen los pueblos á la mas alta cultura, la mayor perfeccion moral y á una felicidad estable. Así dice Confucio en uno de sus escritos, que los pueblos han de ser gobernados por príncipes

que, habiendo pasado toda su vida en estudiarse á sí propios y á sus semejantes, se hayan por fin identificado con la verdadera justicia y rectitud.

Desgraciadamente, á pesar de cuanto Confucio hiciera por la prosperidad de su patria, y á pesar de que sus numerosos discípulos continuasen su obra comenzada, alcanzando con su trabajo un éxito envidiable, la maldad de algunos gobernantes que despues rigieran aquel vasto imperio, fué causa de que llegara á un estado de repugnante esclavitud. ¡Ley incomprendible y contradictoria de la naturaleza! ¡En todos los tiempos y en todos los países un solo hombre de audacia ha podido cambiar segun su capricho la marcha de naciones que durante largos siglos habian seguido el camino que conduce á un estado perfecto de civilizacion!

Al lado de Confucio debemos poner como hombre de talento elevado y de vastos conocimientos, al filósofo Mengtseu, el Diógenes del Oriente, como le llama el distinguido orientalista Mr. Pauthier. El Meng-tseu, libro que lleva el nombre de su autor, es un compendio de todos los conocimientos del escritor chino, en política, en astronomía, en religion, en moral, etc., y se puede considerar, despues de las obras de Confucio, como la de mas mérito literario.

El *Schi-king*, libro de poesías, la mayor parte populares, coleccionadas por este, contiene 311 composiciones. Esta preciosa coleccion demuestra cuán pacífica debió ser la vida de los primeros habitantes del imperio; y alguna que otra composicion nos conmueve, ora alzando himnos de alabanza á la Divinidad, ora aconsejando á las doncellas la pureza y la virtud en todas sus acciones. Alguna hay dedicada al amor, y aunque pocas, algunas son jocosas y satíricas. En una palabra, el *Schi-king*, recorriendo, si bien ligeramente, todos los tonos de la poesía lírica, nos dá á conocer las costumbres sencillas de los pueblos primitivos de la China. Rückert y Cramer lo han vertido en verso al alemán con notable maestría.

En los siglos posteriores al gran filósofo chino no encontramos poeta alguno que merezca mencionarse, hasta que en el sig'lo VIII, después de Cristo, Tu-fu y Li-thai-pe dieron nuevo impulso á la poesía lírica. Desgraciadamente, á su muerte no hallaron quien pudiera sucederles, y si bien se conserva una colección de poesías, novelas y dramas, son de tan escaso mérito que no deben ocupar nuestra atención. El drama no pudo jamás despojarse de sus primitivas formas, toscas y groseras, y aunque la novela dió muestras de cierta cultura en la titulada *In-kiao-li*, traducida al francés y al alemán con el título de las *Dos primas*, no ha sido esto bastante para sacar del olvido á la moderna literatura de la China.

Cansada ya nuestra imaginación de recorrer las dos naciones del Oriente, que podemos llamar clásicas, la India y la China, echemos una rápida ojeada sobre la Arabia, donde la poesía lírica, mas que en ningún otro pueblo del Asia, nos arrebató y sorprende con sus suaves acentos.

El lirismo bajo todas sus formas, ha sido de continuo la literatura distintiva de los árabes, y no es de extrañar, puesto que desde la mas lejana antigüedad poblaron aquella parte del Asia, numerosas tribus dedicadas especialmente á la caza y á guardar sus ganados. La vida errante de los beduinos, las continuas luchas entre unas y otras tribus, debieron dar atrevido vuelo á la imaginación, ardiente ya de por sí, de los primeros poetas árabes, tan pronto trovadores como pastores y guerreros. Así es que las composiciones que se conservan de los tiempos anteriores á Mahoma, tienen todas un sello de sencillez á la par que de rudeza, ya canten la pena y la alegría de un corazón enamorado, ya la grata contemplación de la naturaleza, ya la ira y la sed de venganza que animaba á una tribu contra otra enemiga.

Como primer poeta árabe se cita á Muhallal, que estableció las reglas de versificación, creando el metro y la rima. Le siguieron Amr, Lebid, Hareth y otros muchos, cuyas poesías coleccionó el año 846 antes de Cristo el célebre poeta Abu-Pensman.

En el año 600 de nuestra era apareció el Koran. No nos detendremos en largas apreciaciones acerca del libro de Mahoma, que, vertido á las principales lenguas de Europa, han tenido fácilmente ocasión de estudiar todos los amantes de las letras. Tan solo haremos una observación y es que con la aparición del Koran, con el nuevo dogma, la literatura distintiva de los árabes, perdió parte de su fuerza y de su originalidad. El islamismo que tan rápidamente se extendió, cortó, por decirlo así, el vuelo á la fantasía que inspiraba á aquellos hombres, poco acostumbrados hasta entonces á rendir homenaje á ninguna ley.

Pronto la poesía lírica antigua, fiel retrato de las tribus nómadas, con la nueva religión pagó también tributo al ciego fanatismo. Sin embargo algunos poetas le devolvieron, después de la muerte de Mahoma, parte de su ya perdida originalidad. Mutanabbi, Toghray, Asmai y otros alcanzaron gran fama en la poesía lírica, Schakruli en la didáctica y Hariri se hizo célebre por sus cuentos y novelas.

Pero la originalidad, la ardiente inspiración de los antiguos poetas se extinguió con las costumbres de los árabes; con su nacionalidad. Hoy solo son sombra de lo que fueron, las tres naciones de Oriente, patria de Manu, de Confucio y de Mahoma.

AUGUSTO. FERRAN.

SOR MARTA MARÍA.

HISTORIA HOLANDESA.

(CONTINUACION).

Cristina dió algunos pasos, y miró á la casa; la ventana del cuarto de su padre estaba alumbrada todavía: al verlo se estremeció, pero conociendo que mas valía un minuto de audacia, que media hora de precauciones, echó á correr

por la pradera, y llegó casi sin aliento al cercado de sauces, figurándose que la seguían: el miedo la cegaba y acababa de trastornar su corazón. Antes de meterse por entre los árboles, se volvió por última vez: todo estaba solitario y desierto; esto la dió ánimo, y entreabriendo las ramas de los sauces para pasar, reconoció fácilmente aquel árbol querido testigo de sus antiguas citas; al llegar á él se inclinó hacia el agua, y murmuró, tan bajo que solo un corazón podía oírlo: —¿Herbert está ahí? Un remo se movió en el agua.

—Aquí estoy, Cristina, —respondió Herbert.

La barca se puso junto al sauce, y el joven estudiante se levantó, tendiendo sus brazos á Cristina que saltó con presteza al botecillo. Una profunda emoción se apoderó de entrambos corazones: Herbert tomó rápidamente los remos en silencio, y salió de la pequeña playa protegido por la sombra de los sauces, arrancando las ramas que servían de obstáculo para su marcha. Al llegar á la mitad del río, la vela blanca señal de sus amores se alzó dulcemente en medio de la noche, é hinchada por un ligero viento, la barquilla se deslizó sobre las aguas: Herbert, creyendo apenas en su felicidad, se sentó á los pies de Cristina, su mano buscó la de la joven, y al oír que estaba llorando se puso también á llorar con ella. Ambos permanecieron silenciosos, conmovidos, inquietos, ébrios de gozo y de ventura; pero la noche estaba hermosa, la luna alumbraba con su pálida luz, el agua tenía un murmullo que parecía mas armonioso que el de por el día, la brisa acariciaba aquellas frentes juveniles con su soplo perfumado y húmedo, la vela se inclinaba sobre ellos como el ala de un ser invisible, ambos eran jóvenes y se amaban, por eso la alegría penetró bien luego en sus corazones.

—¡Gracias, gracias, Cristina mia! —murmuró Herbert, —¡gracias por tanta confianza y tanto amor! ¡Oh! ¡qué hermosa será la vida ahora! ¡unidos para siempre!...

—¡Para siempre! —repitió Cristina dejando correr sus lágrimas de nuevo.

La joven sentía en aquel momento que tanto las grandes alegrías como los grandes males hacen derramar lágrimas.

—Esposa mia, —repuso el estudiante; —ya no hay mas que una existencia para ambos. ¡Oh porvenir, sé largo! ¡Universo, dame un rincón de tierra bien ignorado donde podamos olvidar todo el resto del mundo!

—¡Herbert, la felicidad me ahoga!

—Un día de esta vida, Cristina, y morir luego, vale mas que vivir muchos años sin una hora como la presente. ¡El amor, esta es la vida verdadera, la segunda alma de nuestro ser, y la mejor sin duda, puesto que sin ella la otra no existe sino á medias! Amada mia, mira en torno de tí, contempla, admira con amor: ¿has visto algo en tu vida antes de este momento en que miramos juntos?

Cristina alzó sus grandes ojos hacia el cielo, mirando largo tiempo aquellas nubes que pasaban, todas aquellas estrellas tan brillantes, aquellos rayos que se desprendían sobre la tierra, y en tanto que miraba, su mano estrechaba tiernamente la de Herbert, pero de repente, en medio de aquel éxtasis, exclamó:

—Herbert, la vela está caída, ha cesado la brisa y ya no andamos.

—¿Qué importa la vela y la brisa? —exclamó Herbert, —voy á remar; el puerto no está lejos, un buque anclado nos espera que nos llevará hasta la otra extremidad del mundo.

Herbert tomó los remos y, con la cabeza descubierta, los cabellos al viento, hizo andar á la navicilla con la velocidad del relámpago. Cristina sentada en frente de él, envuelta en su manteleta negra se sonreía fijando en Herbert sus ojos húmedos y brillantes; cuando miró al cielo y todos sus esplendores, lo hizo con mucho trabajo, porque todo lo que era separar los ojos de su amado le entristecía; habíale amado tanto en su ausencia que no podía distraerse aun de la felicidad de amarle cuando le estaba viendo.

La barca huía rápidamente, dejando tras de sí un surco de espuma; el día estaba todavía muy lejos, y todo sonreía á los dos fugitivos que se miraban en silencio dejándose arrastrar al capricho de las ondas. El amor, la soledad, la noche, las ilusiones, todos los encantos de la vida hacían palpar sus corazones.

De repente exclamó Cristina:

—Herbert, querido Herbert, ¿no has oído nada?

Herbert soltó los remos, y se inclinó fuera de la barca para escuchar.

—No, respondió, —nada mas que el ruido que hace el agua en las arenas de la orilla.

Y dicho esto volvió á tomar los remos, y la barquilla continuó vogando ligeramente. Cristina había palidecido; medio levantada, y con la cabeza vuelta hacia atrás, abría vanamente los ojos para descubrir alguna cosa en medio de las profundas tinieblas que la rodeaban.

—Tranquilízate, —amada mia, —dijo Herbert sonriendo, —el miedo te ha hecho oír rumores imaginarios, todo sigue lo mismo en nuestro alrededor, todo está sosegado y tranquilo, todo parece protegernos y amarnos.

—¡Herbert! —exclamó Cristina levantándose de repente en medio de la barca, —¡no, no me engaño! Herbert, oigo el ruido de dos remos que nos persiguen... por piedad, no te detengas para escuchar... rema, Herbert, sino estamos perdidos.

El temor de Cristina era tan grande, y parecía hallarse tan segura de lo que decía, que Herbert la obedeció en silencio, helado de espanto el corazón. Cristina se acercó á él, y sentándose á sus pies, murmuró:

—Herbert, nos vienen persiguiendo: oigo una barca detras de la nuestra.

—Y aun cuando así fuera, —exclamó Herbert, —¿qué nos importa?... Esa otra barca no lleva á mi Cristina, no viene gobernada por un hombre que defiende su vida, su felicidad y su mujer! Mis brazos cansarán los suyos, su barca no nos alcanzará!

Y Herbert redobló sus esfuerzos, las venas de sus brazos se hincharon que parecía que iban á romperse y faltábale el aire á la respiración: de repente exclamó:

—¡Oh! ¡también lo oigo yo, también!

Y al decir esto se inclinó sobre sus remos é hizo un esfuerzo desesperado. Las lágrimas que se escapaban de sus ojos, se mezclaban con las anchas gotas de su lor que de su frente se desprendían.

Otros remos surcaban el agua no lejos de la barca de Herbert, dirigidos por una mano firme y vigorosa. El joven estudiante conocía que sus fuerzas le iban á faltar, y remaba mirando á Cristina con angustia: nadie hablaba; solo el ruido de los remos de ambas barquillas interrumpían el silencio; la superficie de las aguas estaba cubierta de espuma.

Todo estaba sereno como cuando salió Cristina de su casa, únicamente el alma de la joven había pasado de la vida á la muerte; sus ojos, animados de un fuego sombrío, seguían aterrados todos los movimientos de Herbert, conociendo en la expresión de su fisonomía y en las lágrimas que derramaba, que le quedaban pocas esperanzas de escaparse por medio de la fuga. Sin embargo, Herbert remaba con desesperada energía, pero la barca fatal, que no se distinguía aun, se iba acercando por instantes: su sombra se proyectaba en las aguas, casi ya junto á ellos.

Cristina se volvió á levantar para mirar atras; en aquel momento la luna, saliendo por entre las nubes, alumbró de lleno el pálido é impasible rostro de Mr. Van Amberg: Cristina lanzó un grito desgarrador, y precipitándose hacia Herbert, exclamó:

—¡Es mi padre, Herbert, es mi padre!

También el estudiante acababa de ver á Mr. Van Amberg: había vivido demasiado tiempo en casa de Carlos Van Amberg para no haber experimentado como todos los que le rodeaban la singular fascinación que ejercía aquel hombre con su mirada. Parecía haberse entreabierto la oscuridad para mostrar á los dos fu-

gitivos el padre, el dueño absoluto, el juez.

—Detente Herbert, —esclamó Cristina, — estamos perdidos; no hay salvacion posible, ya has visto á mi padre.

—Dejame remar Cristina, —respondió Herbert desesperado soltándose de los brazos de la jóven que intentaba detenerle, y al decir esto dió un golpe tan violento con un remo, que la barquilla brincó sobre las aguas, logrando adelantar alguna distancia.

—Herbert, —repuso Cristina, — te digo que estamos perdidos; ¿no estás viendo á mi padre?... bien sabes que toda resistencia seria inútil; Dios no hará un milagro en nuestro favor... Herbert, no quiero volver á la casa paterna; nos van á alcanzar y á separarnos luego; haz que vuelque la barca y moriremos juntos.

Cristina se precipitó en brazos de su amigo; los remos se escaparon de las manos del jóven que lanzó un grito de angustia y estrechó convulsivamente á Cristina contra su corazon. Un instante, un solo instante tuvo ganas de obedecer á Cristina y arrojarla con ella en las aguas, pero Herbert estaba dotado de un alma noble, y desechó al punto esta tentacion, hija de un pensamiento desesperado.

—No, no, —la dijo, —Dios te ha dado la vida, solo él debe quitártela; mi mano, que hubiera deseado arrojar á tus pies todos los tesoros de este mundo no te dará la muerte:

Y como Cristina sollozaba, con la cabeza apoyada sobre el hombro, continuó:

—¡Esposa mia, amiga mia, bendita seas! Me has amado con mucho valor; tu cariño te ha llevado hasta lo imposible; te confiaste en mí, y tengo la desgracia de no poder defenderte! ¡Oh, pobre Cristina mia! obedece á tu padre, que no sea yo la causa de tu infortunio eterno... ¡Dios mio, no hareis nada para salvarnos!

Y Herbert al decir esto, tendia una mirada desesperada por el rio y sus orillas; buscaba un áncora de salvacion sin encontrar ninguna.

—Herbert, Herbert, —decia Cristina, — sin tí nada tengo ni quiero sobre la tierra; moriré amándote.

En el mismo instante un choque violento hizo zozobrar la barca: la que la perseguia acababa de tropezarla fuertemente y Mr. Van Amberg entraba en el botecillo de Herbert. Este, por un movimiento maquinal, estrechó á Cristina sobre su corazon, y retrocedió con ella como si intentara disputársela por la fuerza á su padre, y como si hubiera dentro de aquella barca tanto espacio que pudiera retroceder sin ser alcanzado. Con un brazo vigoroso Mr. Van Amberg cogió á Cristina cuyo flexible talle se dobló sobre el hombro de su padre como una caña que se rompe.

—Compadeceos de ella, señor, —gritaba Herbert desesperado; solo yo soy culpable: no la impongais ningun castigo, prometo alejarme y renunciar á ella; por piedad, compadeceos de Cristina.

Herbert hablaba á una estatua que ni oia ni respondia. Separando de las manos del estudiante la mano de Cristina, que Herbert estrechaba aun, Mr. Van Amberg se volvió á su barca, y con un fuerte puntapie rechazó la embarcacion de Herbert. Las dos barquillas se separaron impelidas por este golpe: la una, vigorosamente dirigida, volvió á subir el rio, y la otra, entregada á sí misma, vogaba á merced de la corriente. De pie en medio de su barca, con la frente alzada y los brazos cruzados sobre el pecho, Mr. Van Amberg fijó en el jóven una mirada terrible, y despues desapareció en la oscuridad. Todo estaba concluido; el padre habia vuelto á apoderarse de su hija, y ningun poder humano podria ya arrancarla de sus brazos.

Ocho dias despues de esta noche fatal, Cristina Van Amberg estaba en un convento.

(Se continuará.)

EDMUNDO Y SU PRIMA.

(CONTINUACION)

Pelagia la abrazó esclamando: si vuestro primo no os adora, si no os hace la mujer mas feliz de la tierra será el mayor malvado que exista!

El excelente Mr. Pause despues de escuchar con una profunda emocion el relato, cogió la mano de la jóven entre las dos suyas y se la estrechó afectuosamente: mi querida hija, hay cosas admirables en lo que habeis hecho, la dijo, pero ¿cómo mejor hubiera sido que vuestro primo no hubiera pensado jamás en hacerse millonario! No hay duda alguna de que esto será una buena leccion para él y creo que ahora se decidirá por alguna profesion.

Edmundo, gracias á la fortuna de su prima pagó todas sus deudas pero cuando las cuentas estuvieron ya liquidadas halló que no le quedaban á la pobre Constanza mas que mil francos al año, precisamente la misma cantidad que tenia de sueldo Mr. Guinguet. Ella, sin embargo, no dió ni el mas pequeño suspiro por el cambio de su fortuna; el único pesar que tenia era la necesidad en que se hallaba de disminuir la cantidad que hasta entonces habia dado á Mr. Pause; pero no por eso fue tratada de un modo menos filial por el pobre músico; se puede muy bien ser un artista mediano y tener sin embargo un excelente corazon lo que al fin es una verdadera compensacion.

IV.

LA FAMILIA DE BRINGUESINGUE.

¿Qué esperará ahora Mr. Edmundo que no se casa con su prima? se decia á sí mismo Pelagia algun tiempo despues de estos sucesos; al principio deseaba fama, luego riquezas, ¿no podrá contentarse con el amor?

Constanza no decia una palabra pero es probable que la misma-idea ocupara su imaginacion. Edmundo desde que habia disipado su propia fortuna y la de su prima, la decia á esta con frecuencia; ¿qué puedo ofreceros? no tengo nada, no soy nada; ¿qué felicidad podeis esperar conmigo que parezca perseguido por una estraña fatalidad?

Mr. Guinguet se decia á sí mismo: Edmundo no quiere casarse por que nada tiene, ni quiso casarse cuando tenia algo; ¿cuando pues, querrá hacerlo? Si á mí me amaran de ese modo que felicidad sería para mí el casarme.

Edmundo repetia constantemente: «debo tratar de hacer algo» sin embargo no hacia mas que lamentarse de su suerte y declamar contra la humanidad y contra los fondos públicos. Mr. Pause le propuso que entrara en una plaza que habia en la orquesta del teatro á que él pertenecia porque si bien Edmundo no era un gran músico tocaba bastante bien el violin para formar parte de la orquesta de un teatro de segundo orden.

—¿Qué sueldo me darian? dijo Edmundo.

—Setecientos cincuenta francos, mi querido amigo.

—¿Y qué diablos podria yo hacer con setecientos cincuenta francos?

—Con economía puede hacerse algo.

—No, Mr. Pause; no puedo sacrificarme por esa cantidad y lejos de hacerme adquirir cierto gusto para la música, me haria un músico de quinta clase. Donde se gana tan poco se toca á proporcion.

—Sois demasiado injusto mi jóven amigo; el hombre que realmente ama su arte no hace tales cálculos; trata de elevar su talento y muchas veces trabaja con mas ardor cuando gana poco que cuando es bien pagado. En prueba de lo que digo podria citaros algunos de nuestros grandes artistas que han comenzado su carrera en la orquesta de un teatro de segundo orden.

Edmundo persistió en su negativa de admitir aquella plaza que se le ofrecia y poco tiempo despues el honrado Pause que le buscaba incansablemente una ocupacion le dijo que ha-

bia hecho mencion de sus talentos á uno de sus amigos que tenia una fábrica de papel pintado.

—¿Querriais que me tuviese para pintar sus papeles? le dijo Edmundo con una sonrisa irónica.

—No, mi querido señor; pero yo le dije á mi amigo que vos teniais mucho gusto para el dibujo y me pidió que le pintarais seis lienzos de pared para chimeneas; escoged vuestros asuntos, interiores ó paisajes y el os pagará á medio franco la pieza.

—¡Pintar lienzos de pared! dijo Edmundo poniéndose encendido de cólera; ¡rebajar mi talento hasta el punto de trabajar por medio franco! ¿Habeis pensado lo que decis, monsieur Pause?

—Desde luego, mi querido amigo, unos cuantos medios francos hacen una cantidad regular y ¿qué mal hay en que pintéis lienzos de pared? Yo sé de algunos de nuestros grandes pintores que pertenecen hoy dia al Instituto y que han sido meramente pintores de muestras. Sabemos que los artistas tienen que buscar que comer como otros hombres y que antes de que trabajen para la gloria tienen que trabajar para ganar el sustento.

—Direis lo que querais Mr. Pause; pero no pintaré jamás lienzos de pared; antes me dedicaría á hacer palillos para los dientes.

—Muy bien, mi querido amigo, haced mondadientes pero en todo caso haced algo.

Estas conversaciones no eran muy agradables para Edmundo y á veces buscaba ocasiones de distraerse en alguna de las brillantes reuniones que durante el tiempo de sus especulaciones en la Bolsa habia sostenido con ardor. A decir verdad era aun muy bien recibido en estos círculos porque jamas habia dicho á nadie sus pérdidas y porque tenia ese aire distinguido que tanto agrada en sociedad. En una sociedad como otras muchas adonde tantos acuden aun que habria bastantes que como nuestro héroe no poseerian ni un franco, fue adonde presentaron á Edmundo antes que en ninguna otra parte. Los dueños de esta casa eran monsieur y madama Bringuesingue y su hija; el padre era un hombre de tan poca estatura, que esto le habia bastado para librarse de la quinta; su cabeza se hallaba sumida entre sus hombros, sus ojos eran pequeños y vivos y su nariz afilada, esta última circunstancia creia él que indicaba una cierta tendencia satírica, opinion de que él solo participaba. Segun la costumbre de los hombres pequeños se habia casado con una muger alta que á medida que avanzaba en años iba engruesando proporcionalmente de modo que el marido podia ocultarse detras de ella. Su hija se asemejaba á su padre en la estatura y á su madre en lo gruesa; habia sido raquítica en su infancia y se la advertia aun por su modo de andar pues cojeaba un poco, tal era la familia Bringuesingue en cuanto á la parte física: veamos ahora respecto á la moral.

Mr. Raoul Bringuesingue, era hijo de un vendedor de mostaza que habia hecho mucho dinero adulterando el artículo que vendia con varias yerbas aromáticas, con satisfaccion manifiesta de todos los que en París comen diariamente vaca asada. Mr. Bringuesingue hijo, aumentó la reputacion que ya le habia dejado su padre, y acrecentó considerablemente su propia fortuna por algunas mejoras importantes en el arte de conservar pepinillos; pero hallándose con una hija, y escitado por una noble ambicion, abandonó la mostaza y los pepinillos y entró en el gran mundo á los cincuenta años.

Estando completamente retirado del comercio, tuvo la debilidad de imaginarse que se olvidarian pronto los medios porque habia reunido sus riquezas. Alquiló una casa magnífica en la Chaussee de Antin; puso librea á sus criados y dió reuniones y comidas, de las cuales sin embargo excluyó completamente la mostaza por temor de que sugiriese alguna torpe alusion; en una palabra, empezó á vivir como un hombre de tono.

Madama Bringuesingue era una muger excelente; no tenia mas que una pasion en su

vida; la afición á bailar era la que conservaba todavía aunque tenía ya cuarenta y cinco años; por lo demás, creía implícitamente en el talento de su marido, y esperaba siempre á que aquel hablara para aventurarse á manifestar alguna opinión.

Todo el cariño del marido y de la mujer estaba concentrado en su hija; la señorita Clodora tenía facciones regulares, pero sus padres creían que no había ninguna mujer, tan hermosa como ella. Tenía maestros de música, dibujo, inglés, baile, geometría, geografía é historia. El resultado fue, que la señorita Clodora cantaba sin orden ni método, dibujaba ojos que podrían tomarse por orejas, y las únicas palabras extranjeras que había aprendido eran *yes* (sí) en inglés y *si* signor en italiano; bailaba sin compás y creía que Basilea estaba en Inglaterra y Edimburgo en Suiza. Mr. y madama Bringuesingue que eran incapaces de conocer estos errores, elogiaban constantemente la buena educación que había recibido su hija.

En una cosa sin embargo, sentía un gran embarazo Mr. Bringuesingue; no sabía cómo recibir sociedad, ni cómo entretener á sus huéspedes: y ni su mujer ni su hija podían instruirle en esto; pero hubo una circunstancia afortunadamente que le ayudó de un modo maravilloso en esta materia tan delicada y no dejó de aprovecharse de ella.

Frecuentemente habían hallado á su criado borracho en la taberna, y Mr. Bringuesingue había hecho lo posible para buscar otro. En aquellas circunstancias, un noble que tenía alquilada una gran casa de la vecindad, murió súbitamente, y Mr. Bringuesingue así que lo

supo corrió á la casa y entró en negociaciones con el ayuda de cámara del muerto.

—¿Estábais al servicio del señor conde? le dijo al criado,

—Sí, señor.

—¿Qué salario os daba?

—Seiscientos francos al año, ropa, casa, comida y varios gajes.

—Yo os daré ochocientos setenta y cinco y los mismos beneficios; tendreis una buena plaza en mi casa; únicamente espero, que vos, en cambio me deis ciertas noticias, es decir, me recordeis algunas costumbres que yo he olvidado. Cuando se ha vivido mucho tiempo en el campo, se adquieren ciertos defectos que pierde algo del lustre de París. Vos que habeis vivido con un hombre de tono, relacionado con la gente mas distinguida, debeis ponerme al corriente en toda clase de cosas de este género.

Comtois, este era el nombre del criado, aceptó la proposición con gusto; comprendió en el momento las ventajas que podía tener con un amo tal y bien pronto se hizo indispensable á Mr. Bringuesingue que no quería dar el menor paso sin consultarle primero.

¿Necesitaba un chaleco nuevo? Comtois era quien iba á buscarle; á él le preguntaban cómo se mandaba hacer los chalecos el conde, y de qué color los llevaba; si su sala necesitaba nuevos adornos, le preguntaba á Comtois qué adornos eran los que el conde acostumbraba á poner en su sala; pero sobre todo, cuando había que dar alguna gran comida, era cuando Comtois llegaba á ser un personaje importante. El era quien decidía los platos que debían servirse, quien indicaba el momento de levantarse de la mesa y de tomar el café. Comtois ordenaba también el alumbrado del salón y designaba el sitio donde debían ponerse las mesas de juego;



Francisco I, rey de Francia.



Los camacanes del Brasil.—Danza religiosa.

y á decir verdad mientras duraban los preparativos el criado hubiera podido fácilmente ser tomado por el amo.

Sin embargo, á pesar de las lecciones de Comtois, Mr. Bringuesingue temía aun cometer delante de sus huéspedes algunas faltas que descubriera su origen para lo cual se había convenido entre ellos, que cuando Mr. Bringuesingue hiciera algo inconveniente, Comtois se rascaría la nariz. Mr. Bringuesingue que

tenía siempre la vista fija en Comtois conocía así cualquier error que cometía y se encontraba en el caso de remediarlo.

Tal era la familia Bringuesingue que gozaba de una renta anual de treinta mil francos cuando El mundo Guerval empezó á tratarla. Este había acompañado al piano á la señorita Clodora, había bailado con su madre cuando las parejas eran escasas, y había llamado al dueño de la casa Mr. de Bringuesingue y la

adición de esta partícula era muy agradable á los oídos del antiguo comerciante de mostaza; por lo tanto, Edmundo estaba en gran favor con toda la familia. Edmundo poseía estas habilidades superficiales que siempre tienen gran aceptación en la sociedad; tocaba el piano bastante bien para que pudieran bailar; cantaba y hacía caricaturas de sus conocidos con bastante gracia y facilidad; hablaba de todo hasta de aquello que no entendía nada; presentaba



Las luchas del Leon.

sus argumentos con tono magistral y decidía todas las cuestiones ó las ponía en ridículo. Todo esto era suficiente para imponer á las gentes de poco talento con quienes solía tratar, al paso que hombres mas prudentes que él se encontraban embarazados.

Edmundo había estado una noche en una reunion de casa de Mr. Bringuesingue y cuando la sociedad se retiró, el amo de la casa dijo á Comtois: ¡cuánto aprecio á este jóven!

—¡Ah! mucho, sí, señor; dijo el criado. Tiene maneras distinguidas como un hombre de nacimiento elevado.

—Comtois cree que Edmundo tiene aire de hombre de nacimiento elevado, dijo Mr. Brin-

guesingue á su mujer; voy á convidarle á comer, vería con gusto que viniera con mucha frecuencia.

—Daremos un pequeño baile, dijo su mujer; baila estremadamente bien.

—Me llama Mr. de Bringuesingue y me extraña, dijo el marido; ¿verá algo muy aristocrático en mí?

—Es muy probable, querido mio.

La señorita Clodora no dijo nada ni diremos que pensase mas, pero es cierto sin embargo, que se hallaba muy complacida al ver que su papá había tomado una afición tan grande á Mr. Edmundo de Guerval.

(Se continuará.)

FRANCISCO I DE FRANCIA.

Francisco I, apellidado *padre de las letras*, subió al trono de Francia el 1.º de enero de 1515, á los 21 años de edad. Había nacido en Cognac en 1494, de Luisa de Saboya y de Carlos de Orleans, conde de Angulema. Desde luego motivó una guerra en Italia por considerarse con derecho al ducado de Milan, y durante su período fue cuando ganó la célebre batalla de Marignan en que quedaron derrotados los suizos. Un año despues de la conquista de Milan, en 1516, Carlos V y Francisco I, firmaron el tratado de Noyon, por el que se pactaba la destitucion de la Navarra, pero esta paz

solo duró dos días. Los dos reyes tomaron por campo de batalla la pobre Italia, y solo terminó la lucha, cuando en la batalla de Pavía quedó Francisco I en poder de los Españoles quienes le condujeron á Madrid, guardándole las consideraciones debidas á su clase. El emperador le concedió al fin la libertad, aunque bajo ciertas condiciones, siendo la principal de ellas que habia de abandonar sus pretensiones á los estados de Milán, Génova, Nápoles, los Países Bajos y Borgoña. Las aceptó todas el augusto prisionero por una solemne concordia firmada en Madrid á 14 de enero de 1526, obligándose á restituirse á la prision si en el espacio de seis meses no quedaban cumplidas; pero á pesar de haber empeñado su fe y palabra real, se negó despues por completo á su observancia. De nuevo se encendió la guerra, que casi se hizo general en Europa, hasta que la paz dió la tranquilidad á la Francia.

Falleció Francisco I á la edad de 52 años, en setiembre de 1547, víctima de sus excesos. Su retrato está hecho con breves pinceladas. Era mas bravo caballero que gran príncipe. Mantuvo continuada envidia contra Carlos V, mas hábil político y mas poderoso que él, por lo cual no salió jamas ganancioso en sus empresas. A pesar de que protegió la literatura y las bellas artes, no gobernó por sí mismo el reino, defecto difícil de disimular en un buen monarca. Aumentó los impuestos sobre el pueblo, pero en cambio dejó en las arcas del Tesoro seis millones en efectivo. El fue quien, dado á diversiones de todo género, inventó la moda de llevar el cabello corto y la barba larga, para ocultar una cicatriz que tenia en el rostro. Su corte fue, sin embargo, una de las mas brillantes de Europa, porque acogió con esmero en ella á las damas, á los poetas, á los cardenales, cambiando con regias funciones y con la proteccion que concedió á los artistas, el gusto y hasta las ideas de sus súbditos.

LOS CAMACANES DEL BRASIL.

He aquí las noticias que acerca de estos pueblos da un intrépido viajero, el príncipe Maximiliano Wied-Neuwied.

Los camacanes ó los mongoyos del Brasil como los llaman los portugueses, se hallan á mayor altura en la escala de la civilizacion que sus vecinos botocudys y los patachos. Cultivan por lo general algunos vegetales útiles, y han vivido hace un gran número de años en paz con las colonias europeas. Dos hombres de aquella tribu que llegaron á nuestro campo eran bien formados, robustos y musculosos, y venian completamente desnudos á escepcion del *tacanhoba* enagüil'as de hojas de *issara*, que los hombres llevan lo mismo que los botocudys. Sus orejas y sus labios no estaban desfigurados. Algunos de ellos dejan crecer su cabellera hasta tal punto, que les llega á las caderas dándoles un aspecto feroz; otros por el contrario se la recortan alrededor de la nuca, pero esta moda está sin embargo poco generalizada. Sus arcos y sus flechas estaban contruidas con gran delicadeza.

Estos pueblos bailan al rededor de una hoguera dando ahullidos, y creyendo que su danza es bien vista por sus divinidades.

Uno de los dos camacanes que vinieron á nuestro campo habia matado á flechazos un halcon blanco en su nido que estaba colocado en lo mas elevado de un árbol, y desde una distancia en que con nuestros fusiles no se toca jamás al objeto. El placer que yo experimenté al poseer aquella linda ave fue tanto mayor cuanto que ya la habiamos distinguido bastantes veces hendiendo los aires sin haber podido jamás procurárnosla. En el resto de mi viaje no volvió á ofrecerse á mi vista.

Nuestros dos salvajes miraban fijamente á los extranjeros sin proferir una sola palabra, y tomaron asiento junto al fuego. Apenas hubieron descansado un rato los envié á cazar. Su habilidad para este ejercicio, por decirlo así innato en ellos, es verdaderamente extraordinaria,

y volvieron por la noche con dos grandes monos y un *jaupemba*, cuyos animales todos traian el pecho atravesado por las vigorosas flechas de los camacanes.

MAXIMILIANO WIED-NEUWIED.

LAS LUCHAS DEL LEON Y SUS RUGIDOS.

El leon, cuando está hambriento, acomete de frente á cuantos animales se le presentan; pero como todos le temen y procuran evitar su encuentro, se ve muchas veces precisado á esconderse y á esperarlos al paso, echándose entre la maleza, desde donde se avalanza á ellos con tanto ímpetu que regularmente los apresa al primer salto. Muchos de sus combates con los tigres y panteras no quedan siempre á su favor, y mucho menos cuando combate con las serpientes boas ó pitones en que los fuertes anillos de esos animales, en oscándose al rededor de su cuerpo le constriñen y ahogan.

En los desiertos y en las selvas, su alimento mas ordinario son gacelas y monos, aunque á estos no los coge sino cuando están en tierra, porque el leon no sube á los árboles, como el tigre ó el puma; come mucho de una vez, y se alimenta para dos ó tres días; sus dientes son tan fuertes que con facilidad quebranta los huesos y los traga juntamente con la carne; aseguran que sufre mucho tiempo el hambre; como su temperamento es excesivamente cálido, le molesta mas la sed, y bebe siempre que encuentra agua, la cual coge á lengüetadas como el perro, con la diferencia que la lengua de este se encorva ó dobla hácia arriba para beber, y la del leon hácia abajo, por cuya razon tarda mucho tiempo en beber, y desperdicia mucha agua. Para su sustento necesita cada dia cerca de quince libras de carne cruda; prefiere la de los animales vivos, mayormente de los que él mismo acaba de matar; y solo forzado de hambre, come de los cadáveres infectos, queriendo mas bien cazar una nueva presa, que volver á buscar los restos de la primera; pero aunque el leon se mantiene por lo comun de carne fresca, su aliento es muy hediondo, y su orin tiene un hedor intolerable.

El rugido del leon es tan fuerte que cuando por la noche resuena, formando ecos en el desierto, se semeja al ruido del trueno. Este rugido es su voz ordinaria; pues cuando está irritado tiene otro grito, que es breve y reiterado precipitadamente, en vez de que el rugido es un grito prolongado, una especie de rumor en tono grave, mezclado con un bramido mas agudo: ruge cinco ó seis veces al dia, y mas frecuentemente cuando está para llover. El grito que da cuando está colérico es aun mas terrible que el rugido; y entonces se azota los hijares con la cola, y con ella golpea la tierra, encrespa la melena, mueve la piel del hocico, meneas sus abultadas cejas, muestra sus colmillos amenazadores, y saca una lengua armada de puntas tan duras, que por sí sola basta para desollar la piel y arrancar la carne, aun sin ayuda de los colmillos, ni de las uñas, que despues de aquellos son sus mas terribles armas.

EL ALUMBRADO DE GAS.

(CONCLUSION.)

Es, sin embargo, todavía, muy difícil encontrar el nombre del inventor de la aplicacion del gas al alumbrado, como es difícil encontrar el del inventor de la aplicacion del vapor de agua á una máquina como fuerza motriz, como es tambien difícil encontrar el nombre del que primero aplicó la electricidad á la trasmision del pensamiento. El gas, el vapor y la electricidad son cosas, segun hemos dicho, que desde muy antiguo han conocido los hombres y que desde muy antiguo procuraron aprovechar para la satisfaccion de sus necesidades: son, pues, muchos los que pueden

presentar títulos para merecer el nombre de inventores del alumbrado de gas, de la máquina de vapor, y del telégrafo eléctrico, sin que á ciencia cierta pueda decirse cuales son los que seguramente lo merecen.

Los experimentos hechos con el gas no son, sin embargo, tan antiguos como los verificados con el vapor y la electricidad, pues en los tiempos antiguos no se conocian mas gases inflamables que los que naturalmente salian de la tierra en forma de llamas, y estas llamas se miraban como símbolos de la divinidad y como tales eran adoradas. Los pueblos salvajes que habitaban las costas del mar Caspio rendian culto, segun hemos dicho, á los fuegos conocidos con el nombre de fuegos santos de Bakú, que segun el estudio que de ellos se ha hecho posteriormente, pues hoy todavía existen, no son otra cosa que gases combustibles formados de una mezcla de carburo de hidrógeno con vapores bituminosos. Los historiadores Estrabon y Plutarco hacen tambien mencion de otros muchos pueblos primitivos en que eran adorados estos fuegos que salian de la tierra, levantándose altares en los sitios en que se manifestaban, é invocándose el auxilio de los dioses para mantener perpétuo este prodigio que ellos creian un favor ó proteccion del cielo.

Este respeto y esta veneracion supersticiosa que se tenia á los gases inflamables en la antigüedad hacia que el hombre no se atreviese á manejarlos, ni siquiera á estudiar su naturaleza, asi es que su composicion como sus propiedades estaban completamente ignoradas. Hasta que la química no empezó á entrar en los dias de su virilidad, abandonando el infantil estado en que se encontraba; hasta que no se arrumbaron las absurdas teorías que encerraban los volúmenes de la antigua ciencia, ó por mejor decir, de la antigua ignorancia; hasta que no alumbró la luz del dia en que fueron descompuestos y reducidos á cuerpos mas simples los que para los antiguos eran *elementos* (1); hasta entonces no empezaron á estudiarse los gases, y hasta entonces no llegó á comprenderse que el gas que se obtenia del carbon, de la leña, del aceite, etc., era idéntico al gas que subia en burbujas á la superficie de los pantanos, resultado de la *descomposicion de los vegetales que yacian ocultos debajo del agua*.

Sabido es que el gas del alumbrado se obtiene hoy dia destilando el carbon de piedra por medio del fuego y los gases que se obtienen por medio de la destilacion son los que se utilizan para el alumbrado. Aunque este procedimiento para obtener una luz artificial no se ha puesto en uso hasta una época muy reciente, conocióse, sin embargo, mucho tiempo antes, pues era el método que se seguia para la estraccion de la brea ó alquitran que se encuentra en el carbon de piedra, y mucho mas antiguo es todavía el conocimiento de la existencia en esta sustancia, de un gas inflamable é iluminante.

Un inglés, Mr. Shirley, fue el primero en reconocer en el carbon de piedra la existencia de un gas inflamable, atribuyendo en el año 1659 la procedencia de unas llamas que salian de una mina de Wigan, en el condado de Lancashire (Inglaterra) á las capas de dicha clase de carbon que existian en aquel terreno. En el año 1664 anunció el doctor Clayton, que él habia podido observar, durante la descomposicion del carbon de piedra por el calor, la presencia de un gas combustible é iluminante, que seria conveniente tratar de recoger y estudiar. Pasó mas de un siglo sin hacerse ningun experimento con el gas del carbon de piedra.

En el año 1787 Lord Dundonall obtuvo una patente para establecer cerca de la Abadía de Culross (Escocia) una fábrica con objeto de

(1) Los antiguos consideraban como *elementos*, el agua, el aire, la tierra y el fuego. La química moderna ha demostrado que el agua y el aire, son una combinacion y una mezcla de dos gases, que la tierra es un agregado de sustancias heterogéneas, y que el fuego no es otra cosa que la combinacion de las sustancias combustibles con el oxígeno del aire atmosférico.

extraer brea del carbon mineral. En esta fábrica, para enfriar la brea se conducía, por medio de unos tubos, desde los condensadores en que se formaban, por la destilación, á unos cilindros de ladrillo, que tenían en su parte superior una pequeña abertura para dejar escapar las materias volátiles, que no habían podido condensarse y que no eran otra cosa que el mismo gas que mas tarde había de alumbrar las calles de las capitales de Europa, como en aquel tiempo alumbraba ya los talleres de la citada fábrica, para lo cual aplicaban los trabajadores un tubo de hierro á la abertura porque se escapaban los gases, y prendían á estos fuego. Este ingenioso medio de obtener una luz artificial no pu'ó menos de llamar pronto la atención de lord Dundonall, quien hizo construir una gran vasija en forma de cafetera, la cual se llenaba de gas en la fábrica, y y luego servía para alumbrar los salones de su palacio.

Aquí vemos puesto ya en práctica el alumbrado de gas, sirviéndose para obtenerlo del mismo procedimiento que hoy día se emplea. ¿Podemos, sin embargo, decir quién fué el inventor? ¿Fue lord Dundonall, ó fue alguno de los trabajadores de la fábrica de Culross? Nosotros creemos que el primero no merece mas gloria que la de haber prolijado el invento; y que la gloria de haberlo observado, de haberlo dado á conocer, y de haberlo hecho útil pertenece por entero á alguno de los humildes trabajadores de la fábrica del Lord: su nombre, sin embargo, se pierde entre las oscuras y densas nubes que presenta el horizonte de lo pasado á quien hacia él vuelve la vista.

Nos encontramos con la idea del alumbrado de gas en embrión, por decirlo así; sigámosla, y la veremos crecer y desarrollarse. Hacia el año 1792 se ocupaba Murdoch, un escocés establecido en Redruth (Cornwall), en hacer experimentos y estudios sobre la cantidad y cualidad de los gases que resultaban de la destilación de sustancias minerales y vegetales. Entre las diferentes sustancias que fueron objeto de sus ensayos tocó el turno al carbon de piedra; Murdoch, que ya anteriormente había tenido ocasion de hacer algunos experimentos sobre la combustion del carbon, se propuso estudiar con todo detenimiento las propiedades del gas que esta sustancia produjera; hizo, en efecto, sus estudios y experiencias y al poco tiempo pudo convencerse de las grandes cantidades de gas que el carbon producía, así como de la brillantez de su llama, lo cual unido á la facilidad con que este gas se obtenía eran circunstancias muy favorables, en concepto de Murdoch, para obtener luz artificial buena y económica.

Desde entonces los experimentos de Murdoch se limitaron únicamente al carbon de piedra, y por espacio de mas de seis años trabajó con fe y perseverancia hasta que en 1798 consiguió construir un aparato que alumbró durante muchas noches consecutivas el taller principal de una fábrica establecida en Soho. Continuó perfeccionando cada día mas y mas sus aparatos, ensayando diferentes métodos para lavar y purificar el gas, hasta que en el año 1802 tuvo ocasion de hacer un ensayo público del nuevo alumbrado, con motivo de las iluminaciones con que se celebró en la citada fábrica de Soho la paz que en dicho año firmó la Gran Bretaña. Por último, en el año 1808 estableció su nuevo alumbrado en una de las principales fábricas de algodón de Inglaterra, y desde esta época se hizo extensivo el alumbrado de gas á la mayor parte de dichas fábricas.

Era preciso todavía que el gas, despues de alumbrar los talleres de determinadas fábricas, viniese á alumbrar las calles de poblaciones enteras. Lo primero lo había conseguido Murdoch; lo segundo estaba reservado á los esfuerzos de Winsor. Había este, en efecto, conseguido en 1806 una patente para establecer una fábrica de gas; pronunció durante este mismo año lecciones públicas con objeto de difundir y popularizar el nuevo invento, y principió á

dar los pasos en Londres para constituir una compañía por acciones, que tomase á su cargo el alumbrado de las vias publicas por el nuevo sistema.

Tuvo Winsor que luchar con muchos obstáculos, tuvo que combatir rancias preocupaciones, pero firme en su propósito consiguió en el año 1812 que en algunas de las principales calles de la populosa Londres luciesen faroles iluminados por el gas del carbon de piedra. Dado este primer paso ya no hubo necesidad de dar ninguno otro mas: lo que es bueno en sí, por sí solo se desarrolla, y crece, y se fomenta. Al poco tiempo todas las calles de Londres estuvieron iluminadas por el nuevo sistema; de Londres pasó el invento á las principales poblaciones de Inglaterra; de Inglaterra, salvando el canal de la Mancha, penetró en Francia, y de allí estendiéndose rápidamente por toda la Europa.

Tardó algun tiempo mas del que hubiera sido de desear en cruzar los Pirineos y llegar á nuestra Península. En el año 1832 se estableció en Madrid una fábrica de gas, pero solamente con el objeto de establecer el nuevo alumbrado en el Palacio Real y en sus cercanías (1); y hasta el año 1840 no se estableció una segunda fábrica con objeto de estender el alumbrado de gas á las calles y plazas de Madrid. Hubo sin embargo una poblacion que en esto se adelantó á la capital y corte de la nacion, estableciendo en sus calles el alumbrado de gas antes que se estableciera en ninguna otra de las capitales de España, Barcelona, la ciudad que en España marcha la primera en todo lo que tiene puntos de contacto con la civilización y con el progreso material de los pueblos, la industrial y emprendedora capital del antiguo principado de Cataluña, esa ciudad que debe enorgullecer á todos los españoles, incluso los que no somos catalanes, Barcelona fue la primera ciudad de España en cuyas calles lució el alumbrado de gas.

A esta siguieron Cádiz, Sevilla, Málaga, Santander, y á este tenor todas las capitales de provincia, y otras poblaciones ricas é importantes, y en la mayor parte de las cuales, sentimos decirlo, el alumbrado de gas lleva inmensas ventajas al alumbrado de Madrid. El alumbrado público de Madrid que debiera competir con el de París, con el de Londres, con el de todas las capitales de Europa, en fin, no podrá dentro de poco tiempo, si no se hace por mejorarlo, competir con el alumbrado de la villa mas insignificante de nuestra nacion, y mucho menos con el establecido en Barcelona y las otras capitales de provincia que hemos citado.

Ahora bien; ¿satisface el gas nuestras aspiraciones? ¿Es lo último que puede apetecerse en alumbrado? No, ciertamente; y no tememos ser falsos profetas anunciando que no estará muy distante el día en que un nuevo y mas perfecto sistema de alumbrado vendrá á sustituir al que en la actualidad conocemos.

La luz eléctrica, esa poderosa y brillante imagen de la luz solar, que suponemos que ya habrán podido observar y admirar nuestros lectores, es la que hasta ahora se presenta con mayores probabilidades de ser destinada á alumbrar las calles durante las tinieblas de la noche. Ya se conocen sus propiedades y la manera de producirla, se conocen tambien sus resultados; únicamente falta que la ciencia consiga darle continuidad en su producción para hacerla aplicable al alumbrado, como indudablemente se conseguirá, porque la ciencia no se detiene en su constante lucha con el mundo físico, y no para hasta arrancarle sus mas recónditos secretos.

Interin llega ese feliz día, por el que todos debemos suspirar, pues entonces la noche no será mas que una continuacion del día, y entre la luz del día y de la noche no habrá mas diferencia que la que siempre existirá entre las

(1) ¿Cuál no sería el estado de atraso en que se encontraba hace veintiocho años la industria española, que los faroles de hierro que se colocaron para el nuevo alumbrado tuvieron que fundirse en Londres, segun lo indica la marca de construcción que llevan todos ellos, como puede verse en los de la plaza de Palacio.

obras de Dios y las obras de los hombres, quizás algun nuevo sistema de alumbrado que reúna mejores condiciones que el actual pueda establecerse, como ya hoy se trata de establecer, pues hace unos meses que en el puente de Westminster, de Londres, se han hecho las pruebas de una nueva luz de cal, inventada por el distinguido químico Faraday, pruebas que han dado á conocer las buenas propiedades de esta luz, y sus buenas condiciones para el alumbrado público (1).

Bien sea este alumbrado el que desde luego se establezca, bien sea otro cualquiera el que preceda á la luz eléctrica, el actual gas del carbon de piedra quedará poco menos que relegado al olvido, y podremos de este modo ver confirmadas una vez mas las siguientes palabras de D. Alberto Lista, sabias como todas las suyas, y como todas las suyas profundas: *La física es una monarquía que hace grandes conquistas, pero los reyes duran muy poco.*

GERÓNIMO LOBO Y CASALS.

ESPEDICION DE GONZALO PIZARRO

Á QUITO.

Comenzaba el año de 1540 cuando Gonzalo Pizarro emprendió su célebre expedición. La primera parte del viaje ofreció comparativamente pocas dificultades; los españoles se hallaban aun en la tierra de los Incas, y los desórdenes del Perú no se habían sentido en aquella distante provincia, donde el pueblo sencillo vivía como en los tiempos primitivos cuando era gobernado por los hijos del Sol. Pero cambió la escena al entrar en el territorio de Quito, donde los habitantes y el clima parecían de otra especie. El país estaba atravesado por las elevadas cordilleras de los Andes, y los aventureros se vieron pronto encerrados en el laberinto intrincado de sus desfiladeros. Conforme iban subiendo á mas elevadas regiones, los helados vientos que recorrían los lados de las cordilleras, entumecían sus miembros, y muchos indios encontraron su sepultura en aquellas frias asperezas. Tambien al cruzar la formidable barrera de los Andes experimentaron uno de los tremendos terremotos que en aquellas volcánicas regiones hacen temblar con tanta frecuencia las montañas, hasta en sus mismas bases. Una vez se abrió la tierra á impulso de las terribles convulsiones de la naturaleza, de la sima salieron torrentes de vapor sulfúreo, y una aldea de unas quinientas casas se hundió en aquel espantoso abismo.

Al bajar las vertientes orientales cambió el clima, y al paso que descendían á nivel mas inferior, reemplazaba al frio un calor sofocante, y fuertes aguaceros acompañados de truenos y relámpagos inundaban las gargantas de las sierras, de donde se desprendían en torrentes sobre las cabezas de los expedicionarios casi sin cesar ni de día ni de noche; como si las ofendidas deidades de aquellos sitios hubieran querido tomar venganza contra los invasores de sus montuosas soledades. Por mas de seis semanas continuó el diluvio sin parar, y los aventureros sin tener donde abrigarse, mojados y abrumados de fatiga, apenas podían arrastrar los pies por aquel suelo quebrado y saturado de humedad. Al fin, despues de algunos meses de trabajoso viaje, en que tuvieron que cruzar muchos pantanos y torrentes llegaron á las Canelas. Vieron los árboles que tenían esta preciosa corteza estenderse en dilatados bosques; pero por mas que este fuese un importante artículo de comercio en regiones accesibles, en aquellas lejanas tierras podía servir de muy poco á los expedicionarios. Sin embargo, por la tribu errante de indios salvajes que encontraron en el camino tuvieron noticia de que á diez días de distancia se hallaba una tierra rica y fructífera, abundante en

(1) Esta luz es clara, blanca, y posee una brillantez tal que á su lado las luces de gas comun que había en el puente no daban mas resplandor que si estuviesen encendidas á la mitad del día. Una sola de estas nuevas luces equivale á ochenta de las de abanico de gas del carbon de piedra, pudiendo distinguirse á treinta eguas de distancia.



Triste aspecto de los compañeros de Gonzalo Pizarro.

oro y habitada por naciones populosas. Gonzalo Pizarro había ya llegado á los límites prescritos para su expedición; pero estas noticias reanimaron sus esperanzas, y resolvió seguir adelante. Mejor hubiera sido para él y para su gente darse por contentos y volver atrás.

Continuando la marcha observaron que el país se extendía en anchas sábanas terminadas por bosques inmensos, que parecían llegar hasta los mismos bordes del horizonte. Allí vieron árboles de esa enorme corpulencia que solo se encuentra en las regiones equinocciales. Algunos eran de tal magnitud que diez y seis hombres con los brazos extendidos apenas podían abrazarlos. El tronco además estaba cubierto de espesas enredaderas y vides parásitas, que estendiéndose de árbol en árbol en festones de vistosos colores, le vestían de una cubierta hermosa á la vista, pero que formaba una red impenetrable. Los expedicionarios se veían á cada momento obligados á abrirse paso con las hachas, y sus vestidos, podridos ya por efecto de las incesantes lluvias á que habían estado expuestos, se rasgaban fácilmente al penetrar entre los arbustos y zarzas y colgaban á pedazos de sus cuerpos. Las provisiones deterioradas por el agua, se habían acabado hacia tiempo; y en cuanto al ganado que llevaban consigo, parte se había consumido y parte se había escapado en los bosques y desfiladeros de las montañas. Habían sacado también de Quito unos mil perros, muchos de ellos de presa, acostumbrados á acometer á los desgraciados indios. Matáronles sin escrúpulo; pero sus miserables cuerpos no proporcionaban sino muy escaso alimento á los famélicos aventureros; y cuando se acabaron hubieron de atenerse á las yerbas y peligrosas raíces que podían recoger en los bosques.

Al fin estenuado de hambre y fatiga llegaron al ancho Napo, uno de los grandes ríos tributarios del de las Amazonas, y que si bien es de tercero ó cuarto orden entre los de América, podría pasar por uno de los de primera magnitud en el antiguo mundo. Su vista alegró todos los corazones, pues esperaban que costearo sus orillas encontrarían un camino mas seguro y practicable. Después de haber caminado por sus márgenes un largo espacio, cercados de maleza y espesura, por donde no podían pe-

netrar sino á fuerza de brazos; y después de haber casi agotado las suyas en este camino, llegaron á punto desde donde se oía un gran ruido semejante á un trueno subterráneo. El río allí desencadenando su furia corría sobre una pendiente con espantosa velocidad hasta el borde de una magnífica catarata, desde donde se precipitaba entre inmensas columnas de espuma hasta profundidad tal que á los atónitos aventureros les pareció de mil doscientos pies. El espantoso ruido que ya habían empezado á oír desde seis leguas de distancia formaba un imponente contraste con el triste silencio de los bosques inmediatos. Los duros guerreros no pudieron eximirse de un movimiento de terror al contemplar aquella escena. Ni una canoa surcaba las aguas, ni se veía un ser viviente á escepcion del enorme boa y del pesado aligador tendidos á la orilla de las aguas. Los árboles estendiendo sus magníficas ramas que se elevaban hasta las nubes; el río corriendo en su madre de piedra como había corrido por espacio de siglos; la soledad y el silencio de la escena, interrumpido solamente por el estruendo de la cascada y por el lánguido murmullo de los bosques; todo parecía mostrarse á los aventureros en el mismo agreste y primitivo estado en que salió de manos del Criador.

A cierta distancia por cima y debajo de la catarata, el río estrechaba tanto sus márgenes que apenas había entre una y otra veinte pies de longitud. Los aventureros, vivamente apremiados por el hambre, determinaron arrostrar el peligro de pasar á la opuesta orilla, esperando encontrar un país que les proporcionase medios de subsistencia. Construyóse un frágil puente, poniendo grandes troncos de árboles sobre las rocas, donde estas, como si alguna convulsión de la naturaleza las hubiera separado, se abrían formando dos paredes perpendiculares, entre las cuales y á muchos centenares de pies de profundidad pasaba el río. Sobre este aéreo camino consiguieron pasar hombres y caballos sin que se perdiese mas que uno de aquellos, el cual habiéndose descuidado en mirar abajo, fue acometido de un vértigo, se resvaló y cayó en las olas que se agitaban embrecidas en lo profundo del abismo.

(Se concluirá en el próximo número.)

PRESCOTT.

BIBLIOGRAFIA.

CASPAR Y ROIG, EDITORES.

ATLAS GEOGRAFICO DE ESPAÑA,

ISLAS ADYACENTES

Y POSESIONES ESPAÑOLAS DE ULTRAMAR.

Coleccion de mapas grabados en acero, construidos por don Martin Ferreiro.

La coleccion de mapas de las posesiones de España y de Ultramar é islas adyacentes constará de 56 mapas, estampados en escelente papel perfectamente iluminados.

Se reparte un mapa cada semana. Precio por suscripcion de cada mapa diez cuartos en Madrid y doce en provincias; Cuba y Puerto Rico y demás puntos de América y extranjero, á dos reales. Para los que no sean suscritores, los mapas se venderán por toda España á dos reales indistintamente.

Al final de la obra se dará gratis á los suscritores una bonita cubierta.

El primer mapa que se ha publicado, y se halla de muestra en los puntos de suscripcion, es el de la provincia de Salamanca.

EL GRAN CAPITAN,

NOVELA HISTÓRICA

POR DON TORCUATO TARRAGÓ Y MATEOS.

Edicion ilustrada con magníficas láminas sueltas.

Esta obra se repartirá por entregas y se compondrá de unas 40 que formarán un tomo.

Cada entrega constará de dos pliegos de impresion de ocho páginas cada uno con su cubierta. En cada cuatro entregas se repartirá á mas gratis una magnífica lámina suelta y al final una bonita cubierta de tomo:

A real la entrega en Madrid y real y cuartillo en provincias franco el porte.

Se suscribe en casa de los corresponsales de los editores, ó mandando libranzas ó sellos de correo por valor de ocho entregas adelantadas.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias después de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Mathen.

En Provincias, Extranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig